



Fernando Arrabal —español, el autor más representado en el mundo durante los últimos cinco años, dramaturgo, novelista, poeta y cineasta— escribió al Rey a través de «El País».

Era una carta preñada de nostalgias —sus enormes deseos de volver— y de verdades como puños.

¿Por qué no me explican qué pasa para que no pueda volver a mi país?

¿Por qué no se estrenan mis obras?

¿Quién arma a los que ponen bombas en los cines y en las librerías francesas que pasan mis películas y exhiben mis obras en los escaparates?...

Estas y otras muchas preguntas se hacía Arrabal en aquella carta.

En estos momentos de distensión, de retornos y de levantamiento de vetos, el «caso Arrabal» parece seguir siendo «tabú», aunque, por fin, se va a autorizar la representación de una de sus obras, «El cementerio de automóviles», en Madrid.

Vive Fernando en la rue de Vienne, breve y típica calle del centro parisiense, que desemboca en la plaza de Henry Bergson, que tiene un pequeño jardín de altos árboles lleno de palomas. La mañana está gris y hace un frío de todos los diablos. Es el número 2, cuarto derecha. El abrazo, el aluvión de preguntas sobre España, sobre la situación, sobre amigos comunes, el despacho completamente revuelto que trata de poner en orden, con montones de papeles y libros por todas partes, y él, Fernando Arrabal, todo de negro, encarado en la silla como un mono, con la barba incipiente, la pipa inseparable, las gafas ovaladas de aros metálicos, el pelo caracolado, rodeado de «posters», de muñecos y cuadros, perfectamente enmarcado en su exilio.

—Soy un español de la periferia, nací en Melilla. Soy español e hijo de españoles. En el año cincuenta y cinco enfermé de tuberculosis en Francia, y eso me ayudó mucho a escribir... Fue como un cuento de hadas, no fue nada doloroso y me permitió vivir dos años en un sanatorio. Es una enfermedad la tuberculosis llena de contrasentidos: te da la im-

veintiocho obras de teatro... ¿Mis preferidas? «Oye, patria, mi aflicción» y «En la cuerda floja» o «Balada del tren fantasma».

—¿Y cómo llegó el movimiento Pánico, la gran ceremonia de la confusión y todo eso?

—Primero nació un grupo surrealista, un grupo literario. Yo admiro mucho al surrealismo, que tiene gentes de gran tradición. Pero el surrealismo era dogmático. En vista de esto, Topor y yo creamos el movimiento Pánico. Decía el texto de nuestra proclama: «Cualquiera puede afirmar que él fue el primero en tener la idea, o nombrarse presidente del Pánico, o fundador de la Academia...» Era una réplica al carácter dictatorial del grupo surrealista, del que se expulsaba a gente por motivos morales, como a Dalí, por ejemplo. Lo curioso es que nunca he escrito una obra pánica. Me molesta que mi nombre se relacione con lo estrafalario, trágico, esperpéntico. Pánico viene del dios Pan, que en un principio provocaba risas y pavor. Creo yo que en mi teatro tiene más influencia el ajedrez que el movimiento Pánico. El ajedrez es la construcción.

que escribo, sin más. Luego dicen que es teatro del absurdo, o vanguardia, o surrealismo, o pseudomasoquismo... Cuando empezaron a decir todo eso sobre mí tuve que informarme para enterarme de lo que era. ¿Qué era el pseudomasoquismo? Pero, hombre, si yo mostraba solamente Ciudad Rodrigo, el pueblo donde viví más tiempo: fiestas bestiales, estremecedoras, cosas terribles que allí pasaban... Jamás, nunca quise hacer símbolos. Lo que pasa es que luego viene la crítica y lo dice; y no solamente dice que hay símbolos, sino que los interpreta. Yo me maravillo. Si a Cervantes le hubieran preguntado en su tiempo que qué pretendía hacer con «El Quijote» quizá hubiera contestado: «Solamente una novela irónica de caballería...» Luego vienen los críticos, los analistas, y, ya te digo, el autor es ajeno a todo eso. He provocado roturas, sí, y dispares reacciones. Cuando se estrenó en Suecia «Llegará un día en que pondrán esposas a las flores», la obra mereció tesis, polémicas y que cientos de manifestantes se echaran a la calle pidiendo que la prohibieran. La verdad es que la gente salía del teatro llorando...

—¿Y el Arrabal político?

murmulo: «¿Por qué no se había de Eva Forest? Lleva cuatro años en la cárcel... me ha escrito diciendo que ama la paz. Quiero que se haga algo por ella. Mira, no quiero ponerme plumas que no tengo, pero hace falta que salga, que salga toda la gente... Una España libre debe nacer con las cárceles limpias.» Guernica queda al fondo, con Mariángela Melato con un fusil en las manos. «a film by Arrabal», junto al oso de peluche rosa.

—¿Y el terrorismo?

—Yo estoy en contra del terrorismo, pero la situación de entonces no era la de hoy. Yo, por supuesto, sería incapaz de hacer nada, ni de matar una mosca. Yo no lo hubiera hecho... Pero me sentaría mal estar en la plaza Mayor de Madrid tomando café con leche y churros, sabiendo que hay gente con ciento cuarenta años de cárcel. Se me atragantaría el café. Lo digo por egoísmo, para que no se me atragante el café. Yo soy un enamorado de la paz. Mi hijo se llama Samuel Ghandi. Y siento amor por el padre Xirinachs. España necesita locos así... ¿Los cambios de chaqueta? Oye, son lamentables. Además, ¿para qué? Aquí estamos juntos todos: yo soy tan amigo de Ionesco que es anarquista, como de Anouilh, que es de derechas, o como de Aragón, que es comunista...

—Volviendo a tu teatro, ¿no crees que es demasiado... digamos, extraño para el público normal y algo de locos para el señor de la boina?

—Mi teatro sorprende, y eso no está mal. También el señor de la boina quiere un teatro que le sorprenda. Yo no trato al público como un analfabeto al que hay que darle todo trillado. Yo creo que el público es como yo, que tiene sus fantasmas, sus monstruos, sus ideas... Mira Ciudad Rodrigo: las ventanas entreabiertas, las miradas, los cuernos, las enormes palizas, el juego erótico... Cuando yo describo todo esto, los franceses dicen que es pseudomasoquismo. Yo creo que es, simplemente, Ciudad Rodrigo... No, no soy un autor de minorías. Según Autores, soy el autor más representado en el mundo en los últimos cinco años. Y «Guernica» ha tenido millones de espectadores...

Siempre la infancia, Ciudad Rodrigo, Ciudad Rodrigo, y los recuerdos convertidos en fantasmas. Pero Arrabal ofrece una imagen serena, muy tranquila:

—Sí, estoy más sereno que nunca. Tengo una especie de



cuando

tranquilidad, una especie de cierta felicidad.

—Y estás menos excéntrico, ¿no?

—Siempre me ha gustado ir a contrapelo. Ahora no soy excéntrico porque hay muchos excéntricos. Acuérdate de cuando fui a España con el pelo largo, la barba, los collares... Entonces llamaba la atención, ahora es normal.

—¿No te duele un poco que mucha gente te conozca diciendo eso de «¿Arrabal? ¡Ah, sí! Aquél de la blasfemia, ¿no?»

—No me parece mal quedar así, como el de la blasfemia. Fue un acto de rebeldía que asumo totalmente... No

me gustan las palabras Dios y Patria porque son símbolos que se utilizan mucho en las dictaduras, no por otra cosa. Enfurecí mucho a la derecha. Por todo eso, por lo de Guernica, por la carta a Franco, debo estar en la lista de los seis que no pueden volver.

—Sin embargo, esperas volver...

—Sí, claro. Creo que el Rey y el presidente Suárez verían bien mi vuelta. La situación es ridícula. Todos quieren que vuelva; entonces, no sé, hay como un miedo a que algún juez haga algo... Yo creo que el setenta y siete será el año de mi retorno.

—Fernando, ¿amas a España?

"Ahora soy menos excéntrico porque ya hay muchos excéntricos"



presión de que estás sano y luego, cuando te hacen radiografías, resulta que sigues estando enfermo... Me casé con una francesa, oye, que habla muy bien español, te habrás dado cuenta, ¿no?; bueno, pues me casé, y luego encontré sin muchas dificultades editores para mis libros y escenarios para mis obras, pero en pequeño plan. Fueron los pequeños libros, los pequeños teatros... Las cosas se fueron haciendo.

—Hasta el «estallido Arrabal»...

—No; no hubo estallido. Fue como la bola de nieve, que cada vez se fue haciendo mayor. Luego hice cine, que es otro campo y da otro público, y los libros, y las

El tono suave, los ademanes comedidos, normales, las explicaciones racionales, el ajedrez, la construcción... ¿Dónde está el Arrabal estrafalario, numerero, terrible, que yo intuía? ¿Dónde el peripatético o el circense? La chimenea, la gran muñeca rubia, su retrato, la secretaria que pone orden, orden, construcción, ajedrez. «oye, ¿y sigue Chicote en su sitio? ¿siguen vendiendo churros en la plaza Mayor?»... Un día, andando por extrañas carreteras, descubrí un Madrid en Norteamérica, una ciudad que le pareció fantasmagórica. Y nació «En la cuerda floja».

—Pero has sido un rompedor, ¿no?

—Eso dicen. Yo escribo lo

—No soy político ni militante de ningún partido. Soy Arrabal, poeta, y que me dejen tranquilo. Consideraría un insulto que se me ofreciera un puesto oficial; sería un atentado a mi libertad. Cuando me metieron en la cárcel de Carabanchel, en el sesenta y siete, Camacho, los de la E. T. A., los presos, me decían: «Tienes que contar lo que has visto.» E hice «Pondrán esposas a las flores». Mira, yo quiero una sociedad sin clases. No quiero estar al lado de nadie. No quiero entorpecer con mi voto a ningún partido. Soy tan libre, que ningún partido tendría nada que hacer conmigo. Soy tan poeta, que me gustaría que todos viviésemos el mismo dinero para gozar por igual de la vida... Y de repente, como un

"EL BLASFEMO" SE CONFIESA



"EL 77 SERA EL AÑO DE MI RETORNO"



—España debiera incluir en su seno incluso a los que no la aman. Estoy en contra de la idea de patria: es un marco muy estrecho para mí. Y los valores nacionales me parecen algo lamentable, algo machista español, etcétera. Estoy muy a favor del pueblo español: tengo sus defectos y sus virtudes. Creo que me encontraré allí como pez en el agua. Esta ausencia, este exilio, es algo muy penoso. Y tener cuarenta libros y ninguno publicado en España, insoportable. Pero más que lo intelectual, lo que más me hace falta es el cielo, la tortilla, los churros... Añoro al pueblo, al camarero, al limpiabotas, al sereno, a la tierra, al Ateneo, a la Casa de Campo, a la Facultad de Derecho de San Bernardo, a Ciudad Rodrigo, donde viví hasta los diez años, y esto marcó mi vida...

del mundo, es que se politice mi retorno o mi persona. Ni hablar. La izquierda me ha ofrecido protección por si la extrema derecha... Pero no creo que en Madrid estuviera menos seguro que en París, que tengo que vivir con una puerta blindada y ponen bombas en mis estrenos... Creo, incluso, que estaría más defendido que aquí. Oye, me gustaría vivir en Toledo, por vivir en el campo, pero cerca de Madrid.

—¿Qué crees que pasaría si te presentaras por las buenas?

—No creo que me pasara gran cosa. Pero más vale tenerlo todo en orden...

Orden, orden, orden, y el tablero de ajedrez sobre la mesa llena de cartas, periódicos, papeles, y la casa, que es un pasillo azul, como de película de Polanski, con un retrete al fondo; casa humil-



"Creo que el Rey y el presidente Suárez verían muy bien mi vuelta a España"

—Sí, como a todos. Está muy bien como lo hacían en Ciudad Rodrigo. No diré que era una fiesta, pero si un acontecimiento. Cuando se te moría alguien, los niños te decían en la escuela: «¡jé, qué suerte, que no vendrás a clase», y las monjas iban a rezar, y te llevaban naranjas, y el muerto preparaba sus últimas palabras. Aquí esconden la muerte como si fuera algo vergonzoso. Morir forma parte de la vida, y no hay que esconderse para morir...

Nos hemos reído con lo del sexo. Dice Arrabal que es muy tranquilo, muy normal, y que, de verdad, lo mejor es ser casto, «y de estas cosas que hable Don Juan, que yo soy pequeño y me da vergüenza...» Ese día creía en Dios. «Pero a lo mejor mañana no creo: estoy en contra de la burocracia montada en torno a lo di-

"No tomé champán murió Franco"



Mira, no estoy dispuesto a dar una gota de sangre por la idea de España, pero daría hasta la última gota por el pueblo español. Me negué a tomar champán cuando murió Franco, porque yo no levanto una copa por un hombre muerto. Brindaré cuando haya auténtica libertad... Qué extraño país España, qué extraños los españoles y qué maravilloso todo ello.

—¿Cómo es tu exilio? ¿Duro?

—Hay que matizar. Mi exilio personal es un cuento de hadas, aunque tenga cosas penosas. Yo soy la excepción que confirma la regla, porque el exilio ahoga y destroza a los seres, lo he visto.

—¿Cómo piensas volver? —Sería y discretamente. Y lo que no quiero, por nada

de. Y desde el balcón, ahora llueve, se ve cómo escapan las palomas de los tejados de pizarra gris...

—Y si no eres de izquierdas, ¿por qué te quiere tanto la izquierda?

—He colaborado siempre con ellos. Siempre que me han llamado para una acción en pro de la libertad. Y se han portado muy bien conmigo, porque han respetado mis ideas, y no me han dicho nunca eso de «oye, apúntate...». Todo esto dice mucho a favor de la izquierda.

—¿Crees que el Rey va a responder a tu carta?

—No creo que vaya a responder. Pero si confío en una respuesta oficial. Sería para mí una gran decepción que no fuera así.

—Antes me decías que es-

tabas más tranquilo, más sereno... ¿Influye esto en tu obra? ¿Influirá el retorno a España?

—Cuando más estafalario era exteriormente, más comedido era mi teatro, y al revés. Cuando llegue a España estaré muy comedido, muy calmado, lleno de paz, y entonces mi obra será más delirante.

Se apaga la pipa, siempre se apaga la pipa, y hay que buscar las cerillas entre los papeles, por los cajones, y llegan los niños, la niña y el niño, los hijos de Arrabal, muy guapos, del colegio, y hablan francés, y Fernando mira y mira su cuaderno de garabatos y luego los manda a la cocina, que está al fondo del pasillo azul, y que es una cocina como de casa de pueblo, con los bancos

corridos, la mesa con hule y la cocina de gas, vieja. Era la hora de la comida, o más tarde, y yo hablé de tortilla. «¿Sabes hacerla?», dijo Fernando con sus pequeños ojos iluminados, «Si claro que sé.» Y comenzó la movilización de patatas, aceite, huevos, grandes sartenes... «Hazme una enorme que me dure hasta mañana, Jesús; una tortilla enorme...» Y fue como una tarde de fiesta, con champán y todo. «Como los cumpleaños en Ciudad Rodrigo»; sí, Jesús, bien jugosa, ¿eh?, a ver si tenemos suficientes huevos...

—¿Qué te importa de verdad?

—Dejar un buen recuerdo, algo que pueda sorprender, estar en paz con mi conciencia.

—¿Y te importa la muerte?

"Soy un enamorado de la paz y siento amor por el padre Xirinachs"

vino.» Y la tortilla comida a grandes mordiscos, como la primera manzana robada, y no sé por qué, de repente sale a relucir Peman. y Arrabal dice que le tiene simpatía, que le fue a ver cuando estuvo en París, «porque él me defendió cuando todo el mundo me atacaba, cuando incluso algunos de la izquierda me dieron la espalda, porque dijeron que lo mío era indefendible; sí, Jesús, me dieron de tado...». Y ya anocheciendo, el abrazo final y un «¡hasta Madrid!». Entañable Fernando Arrabal, sin pánico y con ajedrez, místico sin delirios, con sus fantasmas internos y su normalidad externa, todo de negro, como España.

(Fotos del autor.)